

viruela o a una encrespada polémica con Vaca de Guzmán a propósito del estilo del asturiano.

Los autores de esta monografía han llevado su empeño, como era de esperar en gentes de buen oficio, más allá de la mera exposición, análisis y crítica histórica de la producción impresa de Rubín: han elaborado un perfil biográfico que, si no exhaustivo —quizá no pueda llegar a serlo nunca, como sucede a menudo con estas figuras secundarias— sí es suficiente para conocer los pasos fundamentales de una vida entregada en solitario y desde un autodidactismo encomiable a la ilustración de sus compatriotas y que, como en tantos casos, acabará la miseria. Si todavía la paciente búsqueda de archivos les reserva a los autores algún nuevo hallazgo, bienvenido sea. Entretanto quédeles la satisfacción de la obra bien hecha, por lo demás, cuidadosamente presentada.

La obra del profesor Jorge Demerson es de otro signo: siendo bien conocidos los escritos mayores del ilustre historiador del Principado, Carlos González de Posada, se trataba de colmar lagunas en su biografía o de rectificar errores de los anteriores biógrafos del amigo de Jovellanos. Conocidos eran los grandes pasos de la vida de este erudito hombre de Iglesia: Asturias, Madrid, colación de grados en Avila, curato en Masalavés, canónigo en Ibiza y en Tarragona. Había, no obstante, en su vida un notorio problema de encaje de fechas que aquí quedan resueltos con la oportuna aportación de datos de archivo, resultado de una tenaz pesquisa, o conjeturados por el fino olfato del historiador de oficio. Maestría detectivesca manifiesta el historiador al intentar dilucidar la posibilidad de que, según la leyenda, Posada visitase a su amigo Jovellanos preso en el castillo de Bellver, o al demostrar la existencia de una *Autobiografía*, hoy perdida, del asturiano y de la que un mediocre historiador anterior hizo uso. Rizando el rizo de la pesquisa, Demerson se aventura a reconstruir en primera persona esa autobiografía con suficientes visos de verosimilitud.

Sin pretender ser exhaustiva —no en vano el estudio se subtitula *Aproximación a su biografía*— la figura del asturiano está definitivamente recuperada en sus grandes rasgos como aparece por esa detallada cronología que cierra la obra.

También aquí es de rigor felicitar al Centro de Estudios del Siglo XVIII por la excelente presentación del estudio.—MANUEL BENAVIDES (*Angel Barajas, 4, Pozuelo, 28023 MADRID*).

La «Séptima poesía vertical» de Roberto Juarroz

Es frecuente el hecho: numerosos poetas titulan su obra de un modo global y no creo necesario dar ejemplos. Este es, también, el caso de Roberto Juarroz (Argentina, 1926) que publica sus versos con el genérico «Poesía Vertical». También resulta frecuentísimo entre los lectores españoles (incluso de lengua española no nacidos en este país) un desconocimiento ya inquietante de la poesía, más de algunos poetas ~~cuya~~

trabajo ha venido resultando siempre meritorio, incluso saludado con alegría por comentarios desde autorizados puntos de vista. Este, sin duda, es el caso de Roberto Juarroz, cualificado por Octavio Paz o Julio Cortázar (entre otros) como un poeta de excepcionalidad ininterrumpida.

Monte Avila Editores publicó en 1976 el volumen «Poesía Vertical», que contenía los seis primeros libros de Roberto Juarroz. Ahora nos entrega el séptimo libro (1) y, de ahí, el título.

«El nombre escogido —se nos dice— expresa la verticalidad de una doble exigencia: la del idioma y la de una actitud ética que ilumina a una de las voces más importantes de la poesía latinoamericana actual.»

Es difícil explicar lo inexplicable y, sobre todo, intentar el comentario de poemas. Más difícil suele resultar para este próscrito la explicación de textos poéticos «en bloque», sobre todo porque dado el desgaste de ciertas palabras, *retórica* sucumbe en *verborrea*. Casi imposible borrar a veces la pizarra de la memoria, pasar la esponja, que dijo el barbudo cazador Hemingway. Sobre todo teniendo en cuenta que leer «por obligación» puede resultar un oficio ingrato; máxime si como puede ocurrir, uno debe leer poesía (o sus numerosísimos sucedáneos) para escribir prosa, cuando lo que —además de otras cosas— se desea (a saber), es poder pasar una noche en Madrid (al menos una noche), en compañía de Pablo Guerrero y Luis Pastori en el «Café Central», escuchar el quinteto de Miguel Angel Chastang y tomarse unas cervezas. (Por cierto, Luis, te debo dos). También me apetecería, lo prometo, poder contar para ocasión tan impercedera con otros seres cálidos, por ejemplo, Quiñones, sin ir más lejos, Tijeras, sin nombrar, otros cuantos..., pero nada. He aquí la obligación de comentar, una vez leído, el libro de Roberto Juarroz. Sobre todo dada la circunstancia de que dicho lo anterior aquí están esperando las notas tomadas y parece ser que a la esponja se le ha dado bien el trabajo. (Quede bien claro: todo lo dicho no es una queja, sino un desahogo).

Dilatado el ánimo —al menos un poquito— y, contando con la aproximación que todo comentario sobre poesía significa, vamos a pasear por unos textos cuya máxima cualidad es ese estado dubitativo que todo auténtico creador conoce y deja entrever, sobre todo si su único material de construcción es la intangible palabra, aunque suele aparecer con igual insistencia en la obra de numerosos pintores. Esta feroz insistencia de la duda y el proceder consiguiente ante el texto no nos resulta ajeno cuando, como en el caso de la poesía de Juarroz, se intuye el silencio como respuesta acostumbrada. Es desolador luchar con/contra los verbos; máxime a sabiendas de que resultan escurridizos. La agilidad inaudita de algunos pensamientos es atrapada, en numerosas ocasiones, mediante imágenes o tropos incisivos:

*Entre puntas de toses y extremos de palabras
ha surgido el insólito diagrama
de una senda de nadie y hacia nadie.*

Son ciento catorce los poemas publicados en este volumen y los citados anterior-

(1) ROBERTO JUARROZ: *Séptima Poesía Vertical*. Monte Avila Editores, S. A. Colección Altazor. Caracas (Venezuela), 1982.

mente corresponden al principio del número trece, lo que no significa que el proscrito sea supersticioso ni que deje de serlo.

En cuanto a los textos que comienzan con interrogación, son numerosísimos. El dieciséis:

*¿Es la poesía un pretexto de la locura?
¿O es la locura un pretexto de la poesía?
¿O las dos son un pretexto de otra cosa,
de otra cosa excesivamente justa
y que no puede hablar?*

Que, como vemos, termina interrogando.

El dieciocho: ¿Para qué hablar?/Pero ¿para qué callar?

El poeta, como hemos apuntado, no entrega respuestas absolutas en ningún caso, dejando, por tanto, textos abiertos, casi siempre a numerosas soluciones. Interpretaciones que, tal vez, él sabe no encontrará, ni con ayuda extraña ni en solitario. Tal vez sea el tiempo o la vida quienes vengan a darnos la solución final. De tal modo que quedan invalidadas, tanto las propuestas típicas, como las salidas típicas.

*No nos mata morir:
nos mata haber nacido.*

Escribe Juarroz alargándonos un pensamiento popular.

Sin embargo, raras veces alcanzamos el milagro. Como el proscrito no cree en los «psicoanalizadores» de tasca, y sí en la duda del poeta como única, necesaria metafísica, dado también, como diría Rosales, que «La palabra del hombre es la memoria,/la memoria del hombre es la palabra», leo con incapacidad visionaria un poema que me hace ver la coincidencia y las isotopías a un tiempo.

Se trata del inexplicable, misterioso hecho de un poema de Juarroz, que voy a citar en su totalidad para, a continuación, copiar otro del extremeño Manuel Pacheco. Como después se verá, la labor no resultará inútil, sino sorprendente por cuanto supone de connotación para lectores con asignaturas freudianas. El poema de Juarroz es el número noventa y dice así:

*Todavía empañamos el vidrio
con nuestro aliento
y podemos dibujar en la niebla naciente
las iniciales de algunos nombres secretos,
mientras sentimos una suave presión del otro lado.*

*Todavía podemos mirar de adentro hacia afuera
y hasta de afuera hacia adentro,
como si fuésemos el eje
de alguna extraña confabulación
que sirve de instrumento para que otros vean.*

*Todavía reinventamos el signo del adiós,
que poco a poco se va igualando
con el diagrama oculto de los días,
mientras los cuerpos modifican sus distancias
y la luz interrumpe algunas cosas.*

*Todavía las palabras se juntan en nosotros
y no somos aún los despobladores de nada.*

Todavía estamos aquí.

Y bien. Podemos dejar las indagaciones de Saussure sobre relaciones paradigmáticas. El «campo asociativo» nos viene a nosotros por otro costado y nos resulta cuantitativamente mágico.

Escribió Pacheco:

*Todavía no se ha ido todo el humo,
todavía está la tos
golpeándole el pecho a esa vieja;
todavía está el hombre con un globo
haciendo payasadas en el cielo
y el cáncer en la tierra
comiéndose a la gente.*

*Todavía el amor está dormido,
dormida la amapola, el alba y las palomas.*

*Todavía está el hombre jugando con los átomos
y envenenando el aire que respira.*

*Todavía se mueren los niños,
se matan los hombres
y la babosa del odio
mancha el campo del alma.*

Todavía está Dios en las iglesias.

Todavía está todo, todavía.

(El poema de Pacheco está recopilado en la «Antología de Poesía Social» de Leopoldo de Luis, así como en otras antologías, de los errores de una de las cuales es responsable el proscrito abajo firmante.)

Coincidentes coincidencias de dos mundos alejados, al menos geográficamente, pues ignoro si los poetas que ahora me dejan algo apabullado han logrado conocerse mediante algún sistema imprevisto, o imprevisible. No importa cualquier comienzo,